

los cuales el demonio se esforzaba á infectarlo por el órgano de los herejes. Escribió contra los maniqueos la única obra que nos queda de cuantas compuso. Fué de los primeros que, en Egipto, descubrieron el error de Macedonio, que sus discípulos trataban de propagar por ahí, y escribió por esto á san Atanasio para exhortarle á tomar la pluma contra los nuevos enemigos del misterio de la Trinidad. No hay motivos para creer que viviera largo tiempo después que recibió los tres escritos en forma de cartas que san Atanasio le dirigió sobre la divinidad del Espíritu Santo, que Macedonio combatía, pero no se sabe ni el año ni el día de su muerte. Sócrates nos ha conservado esta hermosa sentencia que él le atribuye: *El espíritu se purifica con la ciencia de las cosas espirituales, el alma con la caridad, las pasiones con la abstinencia.*

---

#### VIAJE DEL BIENAVENTURADO JUAN CASIANO Y DEL ABAD GERMAN<sup>1</sup>

Los viajes que el bienaventurado Juan Casiano hizo con el abad German en las soledades del Egipto y de los desiertos vecinos, nos dan grandes luces para conocer las virtudes de los santos habitantes de estos lugares, y no sabríamos negarle aquí un lugar preferente, por más que no lo consideremos como uno de ellos, puesto que se propuso menos ser del número de ellos, que instruirse con sus ejemplos y con sus coloquios sobre la perfección religiosa. La relación que sobre eso ha hecho, ya en sus libros de las *Instituciones* ya en sus *Conferencias*, si se prescinde de

<sup>1</sup> Casiano, Sozomeno, Gacæo, Hólstenio, los Bolandistas, Tillemont *Bulleau*.

algunos errores que sin contumacia sostuvo, pues que fué antes de la definición de la Iglesia, su relación edificó, digo yó, á los fieles; y se puede ver en la colección de sus obras, comentadas por el docto Gazeo, la reputación que le adquirieron, tanto entre los sabios como entre los Santos.

Es difícil puntualizar cual fué su patria. Holstenio creyó que era originario de la Provenza. El antiguo Breviario de San Victor de Marsella lo hace oriundo de Atenas, á juicio de *Bulleau*, quien añade que no se puede dudar que más bien fuera de *Scythópolis*, ciudad episcopal de la Palestina, donde otro Casiano vivió después; pues desde su juventud, y como él dice, *desde su infancia*, él fué elevado en un monasterio de la misma provincia. Otros han creído que era de Constantinopla; pero la opinión más probable es la de Genadio, que lo hace Scita de nación. Por tanto conviene confesar que la conjetura de *Bulleau* parece la más fundada por el retiro de Casiano á un monasterio de la Palestina, en una edad muy difícil de creer que hubiese venido de la Scitia, ó de las Galias, ó de Constantinopla, á no ser que se dijera que habiendo ido á visitar los santos lugares con sus parientes, se hubiese que dado en este monasterio para abrazar la vida religiosa.

Sea como quiera, entonces á lo más podía tener quince años, según dicen los aseclas de Bolando. El monasterio en donde se retiró estaba en Betlehem, diferente del de san Jerónimo, y mucho más antiguo.

Sus padres eran muy piadosos, y no se olvidaron de darle una educación conforme á la virtud que ellos practicaban. Se ignora si aprendió las letras humanas en su casa, ó en el monasterio. Pero es muy probable que las aprendiera en el mundo, no pareciendo muy conforme que se ocupara en leer los autores profanos, y sobre todo las fábulas de los paganos y los combates de sus pretendidos héroes, en una casa que no era más que escuela de virtudes.

Esto aun parece más razonable por aquello que él dice en un lugar de sus *Conferencias*, en donde se queja que á más de las misérias interiores que le eran comunes con todas las personas débiles, tenía un cierto obstaculo de su salud, que era ese conocimiento, aunque insignificante, como él dice por modestia, que habia adquirido de las letras humanas. « La continua lectura de los autores profanos, decía al abad Cheremón, á que nuestros maestros en otro tiempo con tanto empeño nos obligaron, llenaron de tal modo mi espíritu, que estando infectado y poseido por estas ideas, sólo se ocupa de las fábulas, de los combates, y otras bagatelas con que yo me he entretenido durante mi juventud. Por eso cuando yo me ocupo en la oración, ó canto salmos, ó gimo delante de Dios por mis pecados, al momento los versos de un poeta me vienen al pensamiento, ó las imágenes de los combates de esos héroes de las fábulas se me representan, y mi imaginación se llena de tal suerte de esos fantasmas; que mi alma no se puede elevar á Dios, ni los puede echar de sí con las lágrimas que derrama todos los dias. »

En este monasterio de Palestina fué donde con el abad German recibió los primeros elementos de la vida religiosa; y después decía al abad Joseph, « que desde su tierra habia aprendido de los grandes servidores de Dios que la habitaban, á concebir altas resoluciones, y que inspirándole el amor á sus virtudes, habían escitado en su alma una ardiente sed de llegar á ser perfecto en la vida espiritual. »

Este abad Germán era su próximo pariente, ó, más cierto, de su mismo pais. La caridad los unió más que la sangre, y su inclinación á la virtud los estrechó tan fuertemente, que se decía de ellos que eran una sola alma en dos cuerpos; y la excelente conducta que ambos guardaban en el monasterio los hizo querer muchísimo por sus superiores y por los otros religiosos. Mientras que así se

ejercitaban con fervor en los deberes de su estado, el abad Pinuffo, quien, como diremos en su lugar, gobernaba un gran monasterio cerca de Panefisa en Egipto, estando retirado secretamente para llevar una vida más solitaria, se presentó á ellos, donde no pensaba ser conocido, y permaneció en su celda. Pero habiendo sido muy pronto descubierto, y obligado á ir á tomar de nuevo el gobierno de sus religiosos, eso les hizo pensar en hacer el viaje de Egipto, con el propósito de ver por sí mismos la vida que llevaban los cenobitas y anacoretas que allí habia en gran número, y aun de penetrar en los desiertos mas remotos de la Tebaida y de Scete. Casiano podia tener entonces veinticinco ó treinta años, como lo conjetura Tillemont, y Germán tendría unos pocos más.

Ellos no pudieron ejecutar su proyecto sin el permiso de su superior, quien al principio se opuso, como también los religiosos del monasterio, por quererlos con ternura á causa de su virtud. Consintieron por fin, á condición de que volverían lo más pronto posible; á lo que no se atrevieron á replicar por temor de contristarles, y de ello dieron palabra en presencia de todos los hermanos y delante de Jesucristo quien de ello fué testigo, y en la misma cueva donde habia nacido; con la esperanza, como luégo dice German al abad Joseph, que á su regreso podrían mas fácilmente practicar lo que habian aprendido en su viaje.

Partieron, pues, de Siria, y después de una larga navegación, llegaron á Tenesia, ciudad de Egipto. Cuanta Casiano en sus *Instituciones*, con que caridad fueron recibidos de los solitarios. « Cuando hicimos, dice, nuestro viaje de Siria á Egipto para instruirnos en las máximas de los ancianos solitarios de aquellos lugares, nos admiramos de la alegría y bondad con que por todas partes se nos recibía. Allí no se observaba lo que hemos visto en todos los monasterios de la Palestina, en donde no se hace comer á

los hermanos que van á verles hasta que ha llegado la hora de comida. Allí, esceptuando los miercoles y viernes, que son dias sagrados, se rompía el ayuno en todos los lugares á que íbamos, luégo que nosotros habíamos llegado. » Hablando de la disciplina monástica de los solitarios de Egipto, haremos ver la razón muy sabia de esta práctica.

Encontraron á Tenesio Archesio, obispo de Panefisa, quien había ido allí para la elección de un obispo, y quien, habiendo conocido sus designios, les dió todas las pruebas de caridad la más tierna, y él mismo quiso conducirlos á las celdas de algunos.

« Venid, les dijo, venid y pasaremos á ver algunos santos viejos que moran no muy lejos de nuestro monasterio. Vosotros admiraréis unos hombres en cuyos cuerpos todos encorvados está retratada la vejez, y en cuyos rostros brilla de tal modo la santidad, que su sola vista es una gran instrucción para aquellos que les miran. »

« Como este santo obispo nos hubiera hablado así, dice Casiano, tomó un baston y un pequeño saco, según la costumbre de los solitarios de aquellos lugares cuando se ponian en camino, y nos condujo él mismo á su ciudad episcopal. »

Los introdujo en su monasterio, pues no habia dejado su profesión de monje, por más que se le hubiese en cargado el gobierno de la Iglesia de Panefisa, y los condujo sucesivamente á las celdas de los abades Cheremont, Nesteros, y José. El primero les habló en tres conferencias de la perfección, de la castidad, y de la protección de Dios. El abad Nesteros á quien vieron después que á Cheremont, les habló de la ciencia espiritual y del don de milagros; y el abad Joseph que vieron en seguida, discursió con ellos sobre la amistad, la estabilidad, y sobre los votos de los religiosos.

Casiano hablando de la ciudad de Tenesia, donde desembarcó al llegar de Palestina, dice: que sus habitantes están

tan asediados por el mar y el agua salada de algunas estanques que les rodean, que no teniendo tierra que puedan cultivar, están obligados á ocuparse enteramente en el comercio. Ellos recogen, añade, todo cuanto les sirve para el comercio que tienen sobre el mar, y no teniendo tierra para edificar, se ven obligados á hacerla traer por los buques. »

Lo que dió ocasión al abad Joseph para hablarles sobre la amistad fué que habiéndoles preguntado si eran hermanos, le respondieron que sólo lo eran en espíritu, y que después de su conversión habian estado siempre inseparablemente unidos, ora en el monasterio, ora en las peregrinaciones, que habian emprendido, con el propósito de adelantarse en la vida interior y espiritual. Por este motivo les dió las reglas santas de caridad que se deben guardar para hacer las amistades verdaderamente cristianas y religiosas.

La conferencia duró hasta la noche, é impidiéndoles el silencio de la noche entretenerse por más largo tiempo, ese venerable anciano los condujo á una celda separada para tomar allí algun descanso. « Pero, dice Casiano, el fuego que sus santos discursos habian encendido en nuestros corazones, haciéndonos pasar la noche sin dormir, hizo que saliéramos de allí muy de mañana, y habiéndonos alejado cien pasos, nos sentamos en un lugar muy retirado, en donde las tinieblas de la noche unidas á la soledad nos dieron lugar á abrirnos mutuamente nuestro corazon con entera libertad. »

Apenas se hubieron sentado, cuando al abad Germán dando un profundo suspiro, tomó la palabra, diciendo á Casiano: « Hola! mi querido Casiano, que hacemos? A que estamos reducidos? Por todas partes nos vemos rodeados de un peligro inminente, pues todo lo que aquí aprendemos por las acciones y los discursos de esos santos anacoretas, nos demuestra bastante aquello que sería mejor para nuestra salud, y la palabra que hemos dado á nuestros

superiores al salir del monasterio, no nos permite realizarlo. Siguiendo el ejemplo de esos ilustres Santos, fácilmente nos podríamos formar en la virtud y en la perfección, sino estuviéramos obligados á cumplir la promesa que hemos hecho de volver al monasterio; pues una vez que hayamos entrado en él, ya no se nos permitirá volver á este lugar. Y si por otra parte queremos permanecer aquí para satisfacer este vivo deseo que sentimos, vendrá la promesa que hemos hecho á nuestros superiores para obligarlos á permitirnos hacer una pequeña ruta por aquí, asegurándonos que volveríamos bien pronto al monasterio, y que sólo de paso veríamos los solitarios de esta provincia?»

Estas reflexiones los metieron en una grande inquietud. Por una parte hubieran querido permanecer entre aquellos santos solitarios, cuyos ejemplos y discursos los animaban poderosamente; mas por otra se encontraban atados por la promesa que habían hecho á su superior y á los religiosos de su monasterio de volver allí dentro poco tiempo.

En vista de esta promesa, «acusémonos á nosotros mismos, dijo Casiano, de haber tenido muy poca resolución y firmeza, y de no haber podido vencer ese pudor que no nos permitía resistir á las súplicas de aquellos que nos conjuraban á volver cuanto antes, sin considerar que la promesa que hacíamos podía ser contraria á vuestros desig-nios y á nuestra salud.» En estas perplejidades, Casiano dijo á Germán que no había medio más espedito para salir del paso que pedir consejo á aquel santo anciano y declarar-le sus deseos. «No dudeis, mi querido Germán, le dijo, que Dios hoy nos dispensará esta gracia por la boca de su servidor para recompensar sus méritos y el ardor de nuestra fé.» Al abad Germán le gustó mucho esto que dijo Casiano, y aguardaron la vuelta del santo viejo á la hora de la oracion de la noche, que ya estaba bien próxima, lo que demuestra que ellos permanecieron todo el dia en esta cel-

da; y luégo que hubo llegado el abad Joseph, y juntos hubieron rezado el número de solmos ordenado, tomaron por silla aquello que les había servido de cama durante la noche, proponiéndole su dificultad.

El buen viejo observando alguna tristeza en su rostro; pensó que sufrían alguna pena interior y acercándose á ellos, les dijo estas palabras del patriarca José; *Por que vuestro rostro hoy está más triste que de ordinario?* «Ah, padre mio, respondió el abad Germán, nosotros siempre habíamos esperado que volveríamos á nuestro monasterio llenos de alegría de haberos visto, y colmados de bienes por haber escuchado vuestros sabios discursos, y habíamos creído que después de nuestro regreso, podríamos practicar fácilmente en nuestro monasterio aquello que hubiésemos aprendido en nuestro viaje; pero es el caso que el amor que profesábamos á nuestros superiores nos hizo comprometer, pensando que en nuestra casa podríamos imitar sin dificultad lo que de vos hubiésemos aprendido. Así habiendo esperado que nuestro viaje solo nos podría dar una extrema alegría, encontramos en él motivo para un dolor que nos consume.»

Le esplicó enseguida la solemne promesa que habían hecho al partir de su monasterio, de volver pronto á él, y como por eso se encontraban oprimidos por dos lados; por el uno se veían obligados á cumplir su promesa; y por el otro sentían que cumpliendo se privarían de la compañía de los solitarios de Egipto, cerca de los cuales esperaban aprovecharse mucho.

El abad Joseph permaneció algun tiempo sin hablar; pero saliendo de su silencio les dijo: «Estais bien seguros que este lugar contribuiría mucho á vuestro progreso en la piedad?» — «Ah! Padre mio, respondió el abad Germán, aunque nosotros estamos muy agradecidos á aquellos ilustres servidores de Dios, que desde nuestra juventud nos

han enseñado á concebir altas resoluciones, y que, inspirándonos el amor á sus virtudes, han excitado en nuestras almas una sed ardiente de llegar á ser perfectos en la vida espiritual; sin embargo, si en eso se nos puede creer, ninguna comparación hallamos entre aquello que hemos aprendida allá, y esto que aprendemos aquí. Y no hablo de la vida que vos practicais ni de vuestra conducta que es laudable, y que no atribuyo solamente á la severidad de vuestro instituto y á vuestra firmeza; más aun á la ventaja que se halla en estos lugares. Esto es lo que nos hace creer que para imitar vuestra perfección no nos basta aprender á lo lijero estas excelentes instrucciones que vos nos dais, sino que aun tenemos necesidad de recursos que este lugar nos ofrece, y de permanecer entre vosotros. »

El abad Joseph sobre eso les hizo un discurso que dió motivo á la decima septima conferencia de Casiano, en la cual, después de haber dicho que es una cosa muy justa y conforme el estado religioso el cumplir aquello que se ha prometido, trata de probarles que creyéndose en peligro de permanecer en un perpetuo tedio si volvían á Belén, serían excusables y aún dignos de alabanza sino cumplían su promesa. Con esta decisión les persuadió á quedarse en Egipto, en donde en efecto permanecieron siete años enteros. Pero no por eso desaparecieron sus escrúpulos, y después de este tiempo volvieron al monasterio para pedir un nuevo permiso, y en este intervalo no se descuidaron de escribir á su comunidad para excusar su ausencia y la tardanza en volver.

Del desierto de Panefisa pasaron el Nilo y entraron al territorio de Diolque, aldea situada cerca de una de las siete desembocaduras de este rio. « Nosotros somos, dijo Casiano, como esos mercaderes que andan abrasados por el deseo de enriquecerse; y luégo que supimos que en estas regiones había muchos y muy célebres monasterios,

que los más ancianos de los anacoretas habían fundado, nos embarcamos con la esperanza de aprovechar más aquí que en ninguna otra parte. » Ellos vieron sucesivamente en este desierto al venerable Piamón que era el más viejo de los anacoretas de Diolque y el sacerdote de su iglesia; á Pablo, superior de un monasterio habitado por más de doscientos religiosos, de cuyo número era el venerable Juan; al abad Pinuffo á quien habían conocido en Belén, y al abad Abraham: Casiano en sus conferencias hace hablar á todos estos solitarios. Piamón les habló sobre tres clases diferentes de religiosos; Juan de propósito les habló de un cenobita y de un solitario; Pinuffo, de la penitencia; por fin, el abad Abraham, de la mortificación.

La conferencia del abad Piamón les había inspirado tan grande amor para la vida de los anacoretas, que resolvieron ejercitarse en élla, y aunque el venerable Juan, que vieron enseguida en el monasterio del abad Pablo, en un coloquio que tuvo con ellos, hubiese dado la preferencia á la vida cenobítica, ni su ejemplo ni su exhortación pudieron impresionar su corazón como lo habían hecho las palabras del abad Piamón. Así empezaron á aprender bien las reglas de la vida eremítica bajo su dirección; y uno de los más perfectos solitarios de este lugar llamado Arquebe, les cedió su celda con todos los pequeños muebles que contenía, y se fabricó una en otro lugar.

El desierto de Diolque era una mansión muy molesta á la naturaleza; allí se necesitaba gran coraje para sufrir las incomodidades; y Casiano y Germán no permanecieron en él sin sufrir grandes tentaciones. Una de las más molestas y delgadas que tuvieron que combatir fué el deseo de volver á su país, y á la casa de sus padres. Casiano hace de ello detallada relación en los siguientes términos, que nosotros anotamos con gusto, para demostrar cuales son algunas veces las astucias del maligno espíritu para retraer

de sus buenas resoluciones las almas que se consagran á Dios en la religión.

« Nosotros, dice, todos los dias estábamos extraordinariamente atormentados por el deseo de volver á nuestro país y ver de nuevo á nuestros padres. El recuerdo de su piedad nos fortificaba mucho en este designio, y nos persuadía que ellos jamás nos impedirían realizar las santas resoluciones que habíamos tomado. Aún creimos que su conversación, muy lejos de dañarnos, nos podría servir, y que no nos veríamos embarazados por el cuidado de todas las cosas temporales, porque sabíamos que ellos gustosos nos darían con abundancia todo cuanto nos fuera necesario.

También nos representábamos la vana alegría que recibiríamos por la conversión de muchas personas que nos prometíamos mover con nuestro ejemplo y con nuestros consejos. Nuestro espíritu nos representaba sin cesar <sup>1</sup> la posición y hermosura de aquel país donde nacimos, y que era la antigua herencia de nuestros mayores. Nada nos parecía más propio para una santa soledad, pues, además de haber allí todo lo necesario á la vida, un solitario debía hallar su consuelo en el secreto y en el silencio de los bosques. »

Agitados, pues, por estos importunos pensamientos, fueron á descubrir su tentación al abad Abraham, quien les hizo conocer toda su ilusión en el coloquio que tuvo con ellos sobre la mortificación, que forma la última conferencia de Casiano. « Nos hizo ver claramente, dice, que estos pensamientos, que el diablo había inspirado en nuestro corazón, eran lazos con los cuales nos quería hacer caer, y nos inflamó en el deseo de una verdadera mortificación. » Este deseo no era estéril entre ellos. Llevaban en efecto una vida muy dura; pues, además de ganar su sustento con el trabajo de sus manos, estaban obligados á ir á bus-

<sup>1</sup> Holstensio se sirve de este lugar para establecer que Casiano era de Provenza.

car el agua sobre sus hombros á tres millas de su celda. Andaban descalzos, é iban tan pobremente vestidos, que confesaron al abad Abraham que se hubiesen avergonzado de presentarse en este estado á sus parientes.

*Bulteau* ha creído que antes de pasar á Diolque habían visto al abad Pinufio; pero lo más conforme al texto de Casiano es que volvieron á Panefisa, en donde él moraba, para verlo; y esta es la opinión de Tillemont fundada en que de allí pasaron á Scete. Así, habiéndose informado con gran cuidado del lugar de su permanencia, se le presentaron, quien los recibió con alegría y con una humildad toda singular. El los consideró como sus antiguos compañeros de domicilio y de celda, y en cambio, les quiso ceder la suya. Allí oyeron aquellas excelentes instrucciones que en plena asamblea dió á un joven hermano que quería abrazar la regla de su monasterio, la que relataremos á su tiempo; y los emocionaron de tal modo las máximas de perfección que él esplicó, que casi habían perdido la esperanza de poder llegar jamás á ponerlas en práctica. Esto es lo que dió ocasión al abad Pinufio, á quien declararon su pena, de hablarles del fin de la penitencia. Este santo abad enseguida les excitó mucho á que se quedasen en su monasterio; pero ellos se excusaron con el deseo que tenían de ir al desierto de Scete, á donde la reputación de los santos solitarios que allí moraban, los atraía mucho: por esto él no se quiso oponer más á tal resolución.

Se presume que Casiano y Germán, fuera yendo de Tennesia á Panefisa, fuera durante su permanencia en Diolque, visitaron á san Isidoro de Pelusia, quien no estaba muy lejos de allí. Este santo y celoso defensor de san Juan Crisóstomo era demasiado célebre para no excitar la piadosa curiosidad de nuestros dos viajeros, quienes sólo buscaban ver los hombres célebres de la soledad para que los edificasen. La conformidad de sus sentimientos en favor de